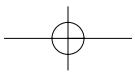
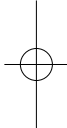
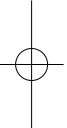




JOHNNY EL SEMBRADOR
UNA NOVELA CONTRA TODAS LAS GUERRAS
FRANCESCO D'ADAMO





1

Cuando Johnny regresó de las misiones en el cielo de Allá, no había nadie esperándole en la estación. Llegó con el último tren de la noche y fue el único viajero que se bajó antes de que el convoy partiera, chirriando en la niebla y en la oscuridad, continuando su viaje por el vacío de la llanura.

Con su bolsa azul de aviador a la espalda, Johnny cruzó las relucientes vías, pasó por delante de los cristales grasientos de la oficina del viejo Zenga, el jefe de estación, que a esas horas, como siempre, dormía abandonado en su silla giratoria, atravesó la puerta de salida a la calle y se encaminó hacia el pueblo.

Había niebla. Una espesa, densa y húmeda cortina blanca que colgaba de los árboles y escondía todas las cosas –no se veía más allá de diez metros– y además era la noche de Halloween, por lo que nadie se fijó en él.

Tiempo después, Marione, del Shake, dijo que mientras preparaba otra hamburguesa previendo la llegada de los vagabundos de la Noche de los Muertos, había tenido la impresión de ver pasar a alguien por el exterior del lo-

cal. Pero no le había prestado atención: en aquel momento, estaba solo en el establecimiento, con todas las luces encendidas –como si estuviera en un platillo volante averiado–, y aún tenía que bajar a buscar dos barriles de cerveza y, después, ordenar la barra y los pinchos. El Shake era un buen lugar para terminar la noche.

Contó que más que verlo, había sentido el *chof-chof* de las botas sobre el asfalto mojado, y había atisbado como una sombra que caminaba lenta, arrastrando los pasos, pero que nunca habría imaginado que fuera Johnny. De lo contrario habría avisado a todo el mundo, habría despertado al pueblo entero, ¡vaya!, aun a costa de cerrar el bar y renunciar a las ganancias. Por Johnny, esto y lo que hiciera falta.

De este modo, Johnny pudo deslizarse por las calles desiertas, evitar la plaza, bordear los chalés adosados que mostraban en el jardín grandes calabazas talladas con una vela encendida dentro, y llegar hasta casa sin ser visto. Ni siquiera los perros ladraron a su paso. Parecía un fantasma.

Abrió la puerta con sus llaves, entró, subió directamente al piso de arriba haciendo crujir los peldaños de madera y se encerró en su habitación.

A esas horas, mamá ya estaba acostada en la cama, esperando su regreso, aquejada de un fuerte dolor de cabeza que la hace enloquecer y con su primer tranquilizante de la noche. Papá estaba en la sala de estar, viendo en el canal satélite de la tele las imágenes sobre la guerra. Toda la habitación se encontraba invadida por la luz verdosa de los asaltos nocturnos y las estelas rojas de los proyectiles. Había quitado el sonido para no molestar a mamá, y por eso oyó el ruido al entrar. Salió para ver qué ocu-

ría, tal y como estaba, en zapatillas y con el pantalón del pijama, atisbó una silueta grande con uniforme azul en lo alto de las escaleras y le llamó dos veces: «Johnny, Johnny», con voz vacilante, pero Johnny no respondió.

No respondió al menos durante las siguientes treinta y seis horas, en las que no se movió de su habitación. No se oía ningún ruido, incluso pegando la oreja a la puerta. Solo, de vez en cuando, chirriaban los muelles del colchón.

Mientras Johnny volvía a casa, yo estaba en el Biberón, una estúpida discoteca cuya decoración es un cruce entre una bombonera y la nave espacial de *Alien*, pero plantada en algún lugar de la niebla, entre campos cubiertos de polvo y rastros quemados por el frío, fábricas de zapatos y los hipermercados de domingo, esos en los que entras por la mañana y no sales hasta por la noche sin saber en qué se ha ido el tiempo y qué has hecho; y sin embargo vas, y si te das prisa todavía estarás a tiempo de ver algún programa de la televisión.

Estaba en el Biberón frente a una Guinness negra –y sabía que si hubiera querido, habría podido beberme otra–, vestida de espectro aullante con calabaza y, como siempre, sentada en la mesita redonda al borde de la pista de baile. Mientras, un DJ enloquecido mezclaba *techno* y Gigi D'Alessio y a mi alrededor se agitaba frenética la mejor juventud del pueblo.

No me divertía en absoluto.

Pensaba: *Al primero que me invite a bailar, lo muerdo.*

Y después pensaba: *¿Qué estoy haciendo «aquí», por amor de Dios?*

Dos cuestiones estúpidas, de acuerdo, porque además ya sabía las respuestas.

Uno: la probabilidad de que alguien sacara a bailar a una *catorceañera* (trece años y siete meses, para ser exactos), con poca cosa tanto por delante como por detrás y un poco *punk*, era, francamente, cero coma algo por ciento, así que tendría poco que morder.

Aunque nunca se sabe: a fin de cuentas era la hermana del héroe, ¿no?

Desde que Johnny se había ido a la guerra mi cotización había subido de modo notable. De otra forma, los mayores ni siquiera me habrían invitado al «Fabuloso baile de Halloween».

Dos: estaba «aquí» porque durante meses había librado una áspera batalla con M&P, lo que hacía parecer la Guerra de Independencia americana una broma.

No, mami, no llegaré tarde. No, no beberé alcohol. No, no fumaré. No, no permitiré a nadie que me ponga la mano encima (temo verdaderamente que no ocurra, ver más arriba).

Meses. Había ganado, por fin, y ahora estaba «aquí»: mi primera noche en una discoteca, mi primera cerveza... Para descubrir que la cerveza no me gustaba y que me estaba hartando.

Soy complicada, lo sé, soy estúpida y estoy confundida.

Como canta el Liga: *no se puede estar solo ciertas noches que...* Y ahora te embarcas con cualquier cretino y navegas por el mar de la Gran Nada, dentro y fuera de la niebla –aquí siempre hay niebla–. Y esperas que en la próxima encrucijada no haya otro que, igual que el tipo que conduce el coche en el que viajas, haya decidido no aminorar la marcha y ver cómo termina; y cuando finalmente llegas a alguna parte, siempre tienes la sensación de que es el mismo lugar que antes y que no valía la pena.

Cuando luego vuelva a casa estará mamá despierta llorando –llora a menudo, a decir verdad– y me dirá: «estaba muy preocupada»; y después me preguntará: «¿lo has pasado bien?».

Y yo, ¿qué le contesto? ¿Le digo que no?

Ella no lo entendería. Por otra parte, no lo entiendo ni yo.

El Liga, seguramente, se lo pasa mejor.

Es fuerte, el Liga. Me gusta.

Porque sé con absoluta certeza que un día vendrá, dejará la moto en la plaza con todos mirándole, atravesará los soportales arrastrando el paso como un vaquero con la guitarra a la espalda, se parará delante de mí (que estaré comiendo un helado) y, si todavía no me lleva con él –no digo que esto vaya a suceder–, por lo menos responderá a mis preguntas. Él que conoce el mundo. Porque aquí, en este pueblo, nadie sabe las respuestas y, a mi entender, nadie se hace preguntas.

Por eso me encontraba en el Biberón la noche que Johnny regresó, porque no puedes estar sola la noche de Halloween ni la noche de San Valentín, ni la noche de yo qué se. Ya estás sola los demás días.

Por eso estaba sentada en una mesita manchada de cerveza, vestida de espectro, con ganas de irme cuanto antes –de encontrar a alguien que me llevara a casa–, pero no había muchas perspectivas. Por eso no había peligro de que nadie me sacara a bailar.

Ya sé lo que dicen de mí en el pueblo: Belinda, esa, no es normal; Belinda es rara; Belinda no se comporta como las otras chicas; se viste de pena; se ha puesto un imperdible en la nariz; se ha dejado crecer una cresta como el último mohicano; se ha teñido la cresta de ver-

de; solo se pone jerséis deformados, sucios y apelmazados; Belinda se da aires de quién sabe qué; Belinda hará morir de pena a sus pobres padres...

No sé, a lo mejor tienen razón.

Aire. Salgo a fumar un cigarrillo. Antes de volver a casa tendré que mascar una caja de caramelos de menta: solo falta que mamá me huela el aliento a tabaco y a cerveza.

Hace frío, no se ve el cielo, no se ve nada, nada más que blanco por todas partes.

Johnny está allá arriba, en algún lugar. Donde le han mandado no hay niebla, los cielos están siempre claros y fríos y limpios, llenos de estrellas. Lo ha escrito él.

Te lo ruego, haz que Johnny vuelva sano y salvo.

Aquí todos dicen que Johnny es un héroe, pero yo no quiero un hermano héroe, quiero un hermano vivo. Johnny se ha ido a la guerra, y parece que nadie se da cuenta.

La gente piensa que la guerra es un espectáculo lejano, que se ve en la televisión. Los que están en el Bar Grande, en la plaza, se pasan así las noches y dicen que es emocionante, mejor que la PlayStation. A la hora de cenar, el pueblo está todo iluminado de verde y el único sonido que se escucha es el silbido de las bombas y el *ra-ta-ta-ta* de la artillería antiaérea.

Si se mira dentro de las casas, se puede ver que todos están sentados a la mesa y, mientras se pasan la sal, observan la pantalla del televisor llena de siluetas indistintas –los objetivos– encuadradas en el punto de mira. Luego, de repente, surge el gran hongo de polvo de la explosión. Entonces ese objetivo desaparece y se pasa al siguiente.